



Dib. SAMA.—Madrid.

—¡Sal de ahí inmediatamente! ¿No sabes que lo tengo a régimen de carnes blancas?

Ayuntamiento de Madrid

# BUEN HUMOR

## SEMANARIO SATÍRICO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

#### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

#### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

#### EXTRANJERO

##### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

##### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	28 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID  
APARTADO 12.142

# LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

## BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,  
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

# SECCION RECREATIVA DE 'BUEN HUMOR'

por DIEGO MARSILLA

## CUPÓN

correspondiente al núm. 182 de

### BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

20.—Muy travieso.

CHATA 1, 3, 5,

21.—Con comentarios.

MES EMPERRA

22.—De cobarde.

501515000



## SOMBREROS BRAVE

• MONTERA • 6

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

23.—Se da en el Real.

## PUÑAL NOTA ITAL

24.—Abandono.

Qué presunción es darte prima segunda y que no alardees de que resuelve fácilmente cualquier prima tercera cuarta?

Como que en tan segunda tercera esta prima segunda como la que fue causa de la primera todo que ha habido.

PARIS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar.  
y  
existan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar ni perjudicar por el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e insuperables. Pídanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angélico Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Baste producto, completamente inofensivo. Da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduce en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complécese a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus benéficos resultados, obteniendo el cutis gran firmeza, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reñe las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Prepara a base de íntima pasta de almendras y luego de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**  
A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndolas su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin faltarlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguitas de A. Espinosa.—Haban: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





Lleva mucho  
adelantado

quien, al saludar, sonríe abierta  
y espontáneamente. Para tener  
la sonrisa franca y persuasiva,  
limpiese los dientes a diario con

## PASTA DENS

### DESCONFIE USTED

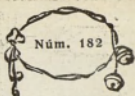
de quien le ofrece los pro-  
ductos de la Perfumería  
Gal a precios más reduci-  
dos. En toda España, in-  
cluso las Islas Baleares  
y Canarias, se venden a  
los mismos precios que  
en nuestras tiendas al de-  
tall. Es lógico sospechar  
de quien renuncia al me-  
jor margen de utilidad  
en la venta.

El impuesto del Timbre  
a cargo del comprador

Su dentadura tendrá los atracti-  
vos de una blancura y un brillo  
insuperables, y su rostro re-  
flejará bienestar y satisfacción.

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID





## LA TRAGEDIA DEL HOMBRE QUE DEJÓ DE SER VEGETARIANO



El hombre es un animal esencialmente vegetariano. Esto no lo mueve ni Carpentier. Muchos ejemplos lo atestiguan.

¿Quiénes son los que se alimentan exclusivamente de carne? El león, el tigre, la pantera... los animales más animales. También el gato, pero el gato no es sino un pequeño tigre. Otros, como el perro, son mixtos en la alimentación; alternan indistintamente el alimento de procedencia vegetal—el pan, las patatas, etc.—con la carne, o, mejor, con el hueso. Pero el perro no es sino un animal que, pese a los elogios que continuamente se le prodigan, es también mixto en lo referente a sentimientos: es decir, que es bueno, pero también malo (cuando muere).

En cambio, los animales más razonables no comen más que vegetales. Y no me hablen de los pájaros, porque éstos sí que son vegetarianos. Cierta que se nutren de animales—alternando con la fruta, ¿eh?—, pero no de unos animales cualesquiera, sino de los que atizan a las plantas. Ni me hablen tampoco del toro y de su fiera, porque está demostrado que no es su corazón, sensible a todo noble impulso, quien le ordena hacer daño, sino sus cuernos.

Todos estos argumentos los oyó de labios de un profesor naturista. Pero lo que más me convenció fué lo siguiente:

El hombre acostumbrado al alimento de procedencia animal (al oír esta palabra, muchos volvieron la cabeza), si un día se decide a adoptar el vegetal, no le ocurre nada; al contrario, se pone gordo y colorado. En cambio, el que habituado al vegetal vuelve a animal, irremediablemente muere. Prueba de que este alimento va contra nuestra naturaleza, etc., etc.

Esto dijo el doctor. Y es verdad. Yo tengo un testi-

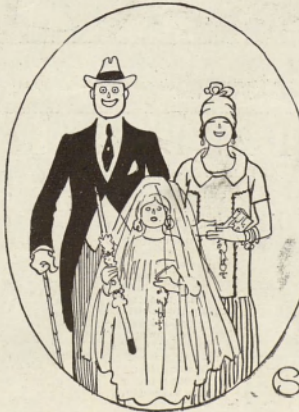
miento fehaciente. Un amigo mío murió por comer carne. No lo sientan ustedes mucho. Después de todo, es el primer español que ha muerto de esa enfermedad.

Un día mi amigo Rosendo, influido por cierto naturista, se hizo vegetariano. Cuando lo dijo en casa, su mujer, su suegra y hasta sus chiquillos, por poco si le arañan. «Las lentejas para tí sólo», le gritaron. Luego, al no verle comer más cosas que patatas, pan de maíz y cáscaras de naranja, le llamaron necio. Cuando suprimió las patatas, todos le mimaron y le reverenciaron. «Es un mártir»—dijeron. ¡Claro, estaban tan caras! Por otra parte, la manutención de Rosendo les salía por una bioca. Había motivo para el fuerte cariño que le tomaron.

El odio de mi amigo hacia todo resto animal, era verdaderamente admirable. Se alimentaba exclusivamente de cerezas, de uvas y de cáscaras de castaña. Y, sin embargo, no engordaba; al contrario, estaba más delgado y decolorido que nunca... Pero, no piensen ustedes mal. Mi amigo, ante una tajada de conejo, o ante una chuleta de vaca, o un pedazo de salchichón, o una pata de cernero, no veía sino el cadáver del sacrificado. «Nos alimentamos con muertos»—pensaba. Y no es esto sólo; es que también confundía las especies. Y así, donde todos veían conejo, él veía gato; donde los otros miraban cerdo, él veía caballo. Tan tétricas visiones le tenían amarillento y alceado, justo es confesar que había motivo para ello.

Un día—ya hacía seis semanas que no ingería más que vegetales—a mi amigo Rosendo le ocurrió algo verdaderamente insoportable. Hallábase ante el escaparate de un *restaurant*, magníficamente decorado con cien apétitosísimos manjares, cuando de pronto se le abrió la boca. No era hambre, ¡no! ¡Yo lo juro por lo más sagrado que haya! Era... ustedes comprenden... las cosas... lo que pasa... ¡claro!... la debilidad humana... el hombre, que es flaco... En fin, que a mi amigo Rosendo se le abrió la boca. Y que entró. Y que pidió un filete. Al día siguiente, todos los amigos acudíamos a su entierro.

Claro que Rosendo, después del primer filete pidió un segundo, y un tercero, y otro... y otro... y otro... y así hasta cuarenta y seis filetes que degustó, pero es lo que decimos los naturistas: Si no hubiera comido carne, ¡hubiese muerto! Porque está bien demostrado que con verduras no hay quien coja una indigestión. Esta es la gran ventaja del régimen vegetariano.



Dib. SILENO.—Madrid.

Diego PRADO DEL AGUILA



Dib. MACHEFERT.—Palma de Mallorca.

—Te acuerdas de la noche en que perdí tu mano? Estuviste una hora sin decir palabra... ¡Una hora callada!  
—¡Sí, sí, me acuerdo! Pues fué la más feliz de mi vida.

## ROPA LIGERA

(DIÁLOGO «DE ABRIGO»)

—¿Cómo serán los trajes de las mujeres en la estación cercana de los calores?—  
preguntaba hace poco Pajar Maceres a su buena modista Manuela Flores.  
—Fascinarán, sin duda—dijo Manuela—  
al padre y al marido, como al amante; porque entrará en los trajes muy poca tela; con medio metro escaso tendrán bastante.  
—¿Es verdad? ¿No exajera?—  
¡Por Dios bendito!—  
exclamó la señora (que no es muy lista).  
—¡Calcule usted el tamaño del vestido!—

le contestó la tana de la modista.—  
La falda, en el modelo de la gran moda, (para grato recreo de los señores) permite que la pierna se exhiba toda.  
¡No hemos visto en la vida paños menores! Y en la parte de arriba—  
siguió Manuela—  
si se fija usted un poco ya irá usted viendo cómo hay economía de mucha tela, toda vez que el escote será estupendo. Si a lo dicho se añade como corriente que no habrá en el vestido ninguna manga

porque el brazo va al aire completamente, ¡diga usted si esa moda no es una ganga!—  
¡Poco valdrá un vestido falto de todo!—  
preguntó la señora.—  
¿Verdad, Manuela?—  
Y la modista dijo:  
—De ningún modo; pues si hacemos los trajes con poca tela, a la que viaje ahorraremos más de un apuro rebajando el volumen del equipaje; porque, señora mía, yo la aseguro que en el portamonedas la cabe el traje.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA





PÉSAME

Dib. ALPHA.—Albacete.

EL.—Celebro mucho encontrarla a usted tan resignada, creí encontrarla más afligida..

LA VIUDA.—¡Ah! si me hubiera usted visto ayer...

INFORMACIONES DE 'BUEN HUMOR'

# EL MÉTODO DE SÓCRATES

Una escuela modelo.—La H. M. M. A. Legislación comparada.—Las diversas especialidades.—El epiléptico.—Una afrenta incalificable.

—Pase, pase por aquí—nos dice una muchachita de tez oscura, en cuyos ojos brillaba la gracia castizamente madrileña.

Nos introduce en una modesta habitación. En el centro, una pequeña mesa camilla, cubierta por un hule amarillento y pegajoso; a su alrededor, tres o cuatro sillas, cada una en color y en forma diferentes a las demás. En las paredes, profusión de grabados taurinos, fotografías recortadas de las revistas gráficas y láminas de almanaque con el anuncio de los más acreditados establecimientos del barrio. Prealudiéndolo todo, una ampliación del señor Sócrates, que tiene, a su izquierda, un cromó de Frasquito, y a la derecha, una «foto» de Ricardo Zamora.

Estamos en casa del señor Sócrates, director y propietario de la Escuela para la Enseñanza Técnica de la Mendicidad. Eternos esclavos del público, hemos venido hoy a este establecimiento modelo para dar a conocer a nuestros lectores hasta dónde llegan los triunfos de la moderna pedagogía.

Las noticias que teníamos de esta Escuela y que nos habían impulsado a visitarla eran, en verdad, algo confusas y poco exactas. Únicamente sabíamos que aquí se preparaban aquellos que deseaban ejercer la lucrativa profesión de mendigo y estudiaban prácticamente la especialidad que armonizaba con sus gustos y condiciones.

Pero el señor Sócrates está ya frente a nosotros. Ha entrado silencioso y nos ha saludado muy amable. En seguida, ha mandado a su chica que vaya a la próxima taberna por dos «quinces» de clara con limón y ha comenzado a contestar a nuestras preguntas sin un titubeo.

—Antes de nada—le decimos—, no queremos perjudicarle. Si usted cree que, al dar a conocer la organización de sus enseñanzas, puede salirle algún competidor, renunciaremos a hacer la información, aunque no a charlar un rato con usted.

El señor Sócrates se ha sonreído al escucharnos:

—No hay cuidado. Nadie que tenga masa *enfática* dentro de los sesos, podrá pensar en competir con un servidor. Veinte años va a hacer, si no estoy trascorrido, que monté la H. M. M. A. y entavía nadie ha pensado en hacerme la competencia. Pa ser catredá-

tico de esta asinatura, hay que tener vocación y estilo.

—¿...? —Esas letras H. M. M. A., como se podría usted haber percatado, son las iniciales del nombre y apellidos de mi escuela: *Hunibersidad Madrileña de Mendigos y Arapietos*.

El señor Sócrates nos ha mostrado un pequeño cuaderno, en cuya primera página se ve escrito dicho título con la ortografía transcrita.

—Lo que es una lástima—nos dice—es que harapietos no se ponga en h, porque así las iniciales resultarían en capicúa, lo cual es siempre algo recreativo y de buena sombra.

—¿...? —Sí, ya me se pasó por el magín.

Pues me dije: si pongo los harapietos con h, no va a ocurrir una catástrofe de los de orden económico u internacional... Pero ahí, a mi chico, que es algo leído, se le metió en la cabeza que poner la h iba a ser como poner un par de banderillas a esa otra academia que está junto al Museo, y, claro, yo me aguanté por solidaridad y compañerismo.

La muchacha morena ha puesto dos vasos sobre el hule pegajoso. Y ya que hemos bebido, preguntamos al señor Sócrates datos sobre la organización de su escuela.

—Aquí—nos responde—, la enseñanza es práctica. Primero, en cuanto se inscribe un nuevo alumno, le pongo al tanto de las cosas más generales u sea de las más gordas y le enseño algo de legislación compará.

—¿Legislación comparada?—preguntamos con un gesto de asombro.

—Es indispensable en una utilidad matemática. Le digo, es un suponer: «Si estás trabajando en una esquina y viene un agente de la autoridad y se mete contigo y tú vas y le insultas, ¿qué te pasa? Pues que te han destruido la carrera, que te enchironan en el abanico o en el parque de Vallehermoso, que no sé cuál será el peor. Pero si, en lugar de meterle a la parentela, reprimas tu impetuosidad y desarrollas ante el señor de guardia la elocuencia que yo te enseñé y le pintas tu desesperada situación en términos trágico-dramáticos, ¿qué te ocurre? Pues que pue seguir en tu trabajo, sin inmiscuirte con nadie y como Dios manda.»

El señor Sócrates hace una pausa y nos mira con aire de triunfo. Nosotros hacemos una seña de asentimiento.

—Bueno, pues a estos preliminares o *prolonguémolos* nos la legislación comparada. Legislación, porque le enseño el trato con la autoridad, que es

de lo que hablan las reales órdenes. Y comparada, porque es así como se debe de enseñar: comparando lo que pasa si estás práctico en el ejercicio de sus funciones y lo que pue pasar si eres un mochalos sin educación cívica ninguna.

Otra miradita de triunfo del señor Sócrates. Nosotros volvemos a asentir y seguimos preguntando:

—¿...? —Luego, ca uno se empapa bien de la especialidad a que va a dedicar sus actividades. Unos estudian *pa eclesiásticos*, que son los que piden en las puertas de las iglesias y que tienen que saberse los los santos de carrerilla. Otros prefieren ser *teatrales* o *taquilleros*, que trabajan en los teatros que van a tomar alguna localidad. Los hay también *calfejeros*, *impedidos*, *doctores*...

—¿Doctores?

—Sí. Esos son los que van de americana y frégoli y no se afeitan en tres semanas y trabajan diciendo que son doctores y que tienen ses hijos sin comer.

—¡Ah!

—¿No conoce usted a uno rubio, que dice que tiene siete carreras y quince de familia en la miseria? Es el señor Manolo, discípulo mío—me dice el profesor Sócrates, con un orgullo muy explicable.

Y luego continúa:

—Y también está la especialidad de *sordomudo*. Son esos que van con un papellito que entregan pa que se les lea y resulta que en él dice que no pue trabajar y que pide una limosna. La combina, trabajándola bien a conciencia, puede dar hasta cincuenta reales diarios. Es un procedimiento inventado por este servidor. Lo quise patentar, pero los del ministerio no me dejaron.

La muchachita morena interrumpe a su progenitor:

—Padre, ahí está el *Salitre*, pa que le des la clase.

El señor Sócrates, esclavo siempre de su profesión, se levanta rápido y nos dice:

—Pase usted conmigo al aula. Este *Salitre* es un *calfejero*, un *sin trabajo*, que está estudiando ahora *pa epiléptico*. No lo hace muy bien. Y es que no tiene afición al oficio y si únicamente a la peseta. Y es lo que yo me digo: sin vocación no se puede llegar a ná.

Pasamos al aula. Es una especie de corralillo de muy reducidas dimensiones. En él espera el señor *Salitre*.

Empieza la clase. El *Salitre*, bajo la mirada vacilante del señor Sócrates, simula con bastante buen acierto un



acabado ataque de epilepsia. Caído en el suelo, se revuelca con gran maestría, patatea, se muerde la lengua, contrae el rostro, cubre sus labios de espuma...

El señor Sócrates, que ha aprobado con el gesto todo el ataque, no está conforme con esto.

Más espuma—le grita.

El Salitre sigue contorsionándose grotescamente y trata de obedecer las instrucciones del profesor. Pero el señor Sócrates vuelve a gritarle:

—Le he dicho a usted que eche más espuma.

—¡A ver si se ha creído que soy de Heno de Pravia, señor Sócrates!

La lección termina al poco rato sin más incidentes, y nosotros hemos podido admirar en ella la gran capacidad pedagógica del director de la H. M. M. A.

Volvemos a hacerle algunas preguntas:

—No todo habrán sido alegrías y triunfos en su profesión, ¿verdad, señor Sócrates? ¿Cuál ha sido su mayor contrariedad?

—Fue una de esas veces en que la cosa se ponía seria y todos los días se recogían por los guardias muchos mendigos. Pasé muy malos ratos. A cada momento llegaban noticias de que habían agarrado a un discípulo mío. Pero cuando me dieron un disgusto enorme, fué al coger a mi hijo.

—¡Ah! ¿Tiene usted un hijo trabajando?

—Sí—nos contesta con orgullo paternal—Será mi continuador. Conoce todas las especialidades y en muchas de ellas no ha habido quien le haya superado. Pues me lo cogieron y no hubo manera de evitar que lo metiesen en el parque de Vallehermoso. Nunca lo podré olvidar. Porque pase que le cortaran el pelo como a un quinito y que le pusieran un uniforme de presidiario, pero la afrenta que después le hicieron, la burla que cometieron con él pa que el pobrecito mío cogiera una pulmonía o una bronquitis, no se borrará en jamás de mi memoria.

—¿Qué le hicieron?

—No sé lo pué usted suponer. Fué

una cosa tremenda e inaudita. ¡Le bañaron! Sí, señor; ¡le bañaron! A la fuerza, porque él se resistió todo lo que pudo, ¡pero que le bañaron! ¡A un hijo mío!... ¡Tenga usted hijos para eso! El semblante del señor Sócrates expresa, al decir lo que hemos transcrito, todo el horror que siente hacia aquella afrenta incalificable y bochornosa...

Nos despedimos después y pronunciamos unas frases de agradecimiento por la amabilidad con que nos ha atendido. El señor Sócrates, dechado de modestia y de sencillez, no nos quiere dejar concluir...

Luego, mientras subimos por la empinada Ribera de Curtidores, pensamos con tristeza en el caso doloroso de este hombre, que ha consagrado toda su vida a la enseñanza y que al final de su jornada, cuando ya su energía decae y su cuerpo se encorva, lejos de recibir el premio merecido, ve cometer en la persona de su hijo la más baja y vil de todas las afrentas...

ANTONIO GASCÓN



Dib. BURSTROM.—Peris.

—Mamá: debías de anudarte la servilleta alrededor del cuello, tapándote el escote, porque la sopa la traen ardiendo

RAMONISMO

# LUCHAS DE PARAGUAS Y BASTONES

Entre los bastones y los paraguas hay una lucha de sexos, digna de que se la estudie como Darwin de las cosas.

En las piscinas de museos, en sus casilleros agujerados es donde más se pueden apreciar estas luchas y caracteres espontáneos e instintivos de los paraguas y los bastones.

En los museos no se da importancia a estos bastoneros, cuyo conjunto tiene tanta importancia como cualquier cuadro pues no hay ninguna naturaleza muerta como esa que se remansa en ese rincón de la antesala y es elocuente muestra de la realidad y recuento de los visitantes que andan perdidos por las salas.

Si yo diese alguna vez una de estas conferencias que se suelen dar en el Museo y por las que se cobran cincuenta, sesenta o setenta duros, hablaría del perchero obligatorio para los bastones y los paraguas, rincón útil y realísimo en el que busce su perspectiva y hace su juego lo más real del museo, el azer más vivo de la realidad de todos los días, la mezcla más fantástica y más inesperada pues nadie iba a decir a ese bastón del palacio que iba a codearse con esos paraguas de repujado puño de plata.

Mi conferencia en vez de versar sobre ese pintor perdido debajo de una escalera, versaría sobre este rincón en que parece celebrarse una rifa de la que todos los que juegan se llevan el mismo objeto que depositaron en la tómbola.

Yo pondría mi conferencia en veinticinco duros por tratar de un asunto especial y subalterno.

Pero mi objeto al trazar esta monografía no era hacer el reclamo de una posible conferencia, sino hablar de las luchas fratricidas entre paraguas y bastones.

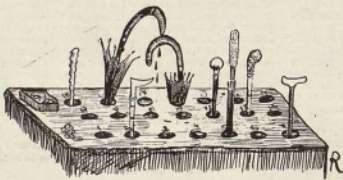
Yo les he sorprendido muchas veces aprovechando esa corta ausencia de sus dueños, riñendo entre sí, picándose con denuedo, sobre todos los paraguas que el dueño sorprende después abiertos y sin poderse explicar qué ha podido suceder.

Pero los bastones que son engañados son esos que representan a un perro páchon con su carranca y todo al cuello; esos dejan en los bastones que les tocan al dejar las huellas descascaradas de un mordisco.

También hay idillos entre los bastones que flirtean en los percheros de los

museos sobre todo. Ellos flirtean en el recodo mientras sus dueños flirtean frente a los cuadros como mirándose en un mismo espejo.

¿Cómo no ha de ir el observador recién llegado buscando a través de to-



das las salas a la dueña de esa sombra de puño dejada y tela azul con «panniers» de flores que le ha tocado como pareja a un rústico bastón en el rigodón de los bastones?

## Frágil.

La palabra frágil ha perdido su fragilidad en el uso indebido que se ha hecho de ella.

Ya no creen en lo frágil, ni los mozos de cuerda.

En cajones, con objetos de hierro, se ha estampado la palabra imponente de delicada que resulta y hasta se ha escrito en los cuatro lados del cajón.

Tan desprestigiada está la palabra frágil, que cuando el poeta Ferne la es-



cribe como atributo de la doncella protagonista de su novela o de su poesía, se ve por el contrario una doncella ma ciza, irrompible, capaz de convertir en palimpsesto el pie que pisen.

No se olvida la palabra frágil tan vista en caracteres negros sobre los cajones de estación y vimos empozoñado todos los grandes almacenes tristes, gracias —esa palabra pura—. En esos almacenes en que siempre hay un cadáver en un cajón como residuo de un crimen que nadie reclama y una rama de plátanos envuelta en un espeso enguante como si viniese muy abrigada, la palabra «frágil» es como una cadencia.

Hay que salvar la honradez de lo frágil no abusando de la palabra sin ton ni son, y así no habrá de lamentar al recibir la vajilla para doce cubiertos, que diez platos soporos estén rotos y convertidos en bacías de barbero, con un mordisco en el borde; ocho llanos, seis de postre, una ensaladera y un salero.

## El martillo de reflejos

Hay un martillo más brutal que el bárbaro martillo de Vulcano y sus cíclopes.

Es un martillo pequeño como martillo de joyero, un martillo níquelado, elegante, precioso, digno de uno de esos elegantes dentistas que xilofonean las dentaduras para diagnosticarlas.

El doctor que lo lleva en el bolsillo es un doctor sonriente, que sin tener ni un sólo diente de oro, parece sonreír con una sonrisa auferida. De vez en cuando siente el deseo de jugar con su martillo y percudir la sensibilidad esparsida en el ambiente del mundo.

Como hay un sonido de la campana que la muestra rajada, así hay un gesto que revela cómo está de triñurado el individuo.

Pero el gran pánico de este martillito es cuando no produce ninguna repercusión, cuando al golpear en plena medula no sugiere el menor eco.

El doctor del martillo inquietante o inquieto, gustaría de tocar el xilófono de las sensibilidades, percutiendo en el tranvía o en el teatro las rodillas de los caballeros y de las damas.

—Perdone usted, caballero...

—Perdone usted, señora...

—Y pin, pin, pin, reconocería la decadencia del mundo, la degeneración del rostro informe de la rodilla.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

# ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SI Y EL OTRO TAMBIÉN

Se ofrece criado negro. Color inalterable. No desfieste con la lluvia. Además, posee una regular instrucción, por lo cual puede presumir de no ser un hombre obscuro. Informes en el paseo de la castellana, quiosco de Blanco y Negro.

Zurcidora excelentísima, sin competencia, ofrece a usted sus trabajos con una economía rayana en la miseria. Puede usted convencerse en seguida de lo excepcional de su labor. Vaya usted a que lo zurzan inmediatamente y saldrá usted percalado a la par que zurcido.—Paseo de los Ocho hilos, 6. No equivocarse. La zurcidora está junto al sietie.

## Banco del Río de Oro

*El primer establecimiento de crédito del mundo.*

*Capital desembolsado (por los clientes), nueve millones de pesetas.*

*Ventajas enormes para las cuentas corrientes.*

*El Río de Oro tiene en la actualidad siete mil corrientes, y a pesar de su estupendo caudal posee unos fondos que los puede ver todo el que le dé la gana.*

## OPERACIONES DE BOLSA

*Este Banco estudia concienzudamente las oscilaciones del dólar, vigila el alza de la libra, tasa el escudo, observa la situación del franco y pulsa la lira*

## NO ADMITE CORONAS

*Hacerse cliente de este Banco es llegar en poco tiempo a ser más rico que el arroz con leche.*

OFICINAS Y GERENCIA:  
PERRO, 1.

## Rosquillas del Santo

### ÚLTIMAS NOVEDADES DEL PRESENTE AÑO

TENEMOS TONTAS, QUE SON DE UNA ESTUPIDEZ INDECOROSA, Y LISTAS QUE HAY QUE TENER MUCHO CUIDADO CON ELLAS PORQUE SABEN DEMASIADO.

HAY QUE ADVERTIR QUE LAS TONTAS TAMBIÉN SABEN, PERO SABEN MUCHO PEOR QUE LAS LISTAS.

LAS LISTAS LAS VENDEMOS CON BAÑO.

LAS TONTAS COMO NO TIENEN BAÑO SON ALGO MÁS BARATAS. OCURRE IGUAL QUE CON LOS PISOS DESALQUILADOS.

NUESTRAS ROSQUILLAS SON DURAS, PERO DE MAGNÍFICO RESULTADO.

VENDEMOS, A MITAD DE PRECIO, EL SOBRIANTE DE EXISTENCIAS DEL AÑO PASADO, CONFIANDO EN EL GUSTO DEL PÚBLICO, PORQUE EL QUE ESTÁ A LAS DURAS, ESTÁ A LAS MÁS DURAS.

*Depósito y degustación:*

PRADERA DE SAN ISIDRO,  
Puesto 75.

CADA CIENTO ROSQUILLAS DAN DERECHO A UN TICKET CON EL CUAL PUEDE GRATUITAMENTE SACARSE LAS NUELAS EL COMPRADOR, CASO DE QUE LE QUEDE ALGUNA, DESPUÉS DE INGERIR EL DELICIOSO MANJAR.

Curo el dolor de estómago por la electricidad y el flato por el gas. Honorarios razonables. Soy médico pero soy módico.—Calle de la Pasa, 86. Insisto en que no pase ningún paciente por la molestia de ninguno de esos dolores. Pase por la Pasa y se le pasa.

Concertista de violín se ofrece barato para cabaref, fiesta religiosa, café popular o teatro sin pretensiones. Toca a tres pesetas. No puede tocar a menos, como ustedes comprenderán.—Calleo (cuando no toca), número 56.

Pérdida de un abanico antiguo. Se gratificará por ser recuerdo y tener aire de familia.—Viento, 54.

Alquilo casas nuevas, con todos los adelantos modernos. El principal adelanto es el que hay que hacerme de trescientas pesetas, importe de tres meses de alquiler, sin cuya condición no hay nada de lo dicho.—San Dimas, 98.

El conocido agente Pedro Lapena, se encarga de toda clase de trasposos: tiendas, bares, farmacias, garages, etcétera. Pidan informes. En los últimos seis meses ha habido en Madrid cuatro mil establecimientos trasposados por Lapena.—Amargura, 109.

¡Ya bajó el vino! Copa con pájaro, quince céntimos; copa con muslo, diez; y copa con un ala, cinco.—Sombriere, 29 triplicado.

## COMPRA DE SOLARES

Pago el pie de terreno más que nadie.

NECESITO TRES MIL PIES PAPA UN CAMPO DE FÚTBOL. LOS BALONES LOS TENGO YA.

TAMBIÉN ME URGEN SEIS MIL QUINIENTOS PIES PARA UN TEATRO, CON LA CONDICIÓN DE QUE NO SE MUEVAN EN LOS ESTRENOS.

Y ME HACEN FALTA ALGUNOS PIES PARA UN BANCO.

SOY EL COMPRADOR MÁS SOLVENTE DE MADRID.

TODO LOS DÍAS SALGO POR PIES Y SIEMPRE ME VUELVO A CASA CON ELOS. BIEN ES VERDAD QUE SIN ELLOS NO ME PODRÍA VOLVER DE NINGUNA MANERA.

CESÁREO CORREDOR  
LAVAPIES. 214

-1- Agente  
anunciador: NESTOR O. LOPE



ALREDEDOR DEL AMOR

## LAS CITAS

«Benjamín, baja la jaula a Jaime.»

Proverbio árabe.

«Ven aquí, barre y echa aquí arena.»

Adagio vasco.

«Soy de Pravia, soy de Pravia.»

Canción asturiana.

«Tu mujé te engaña, Manué.»

Anónimo sevillano.

Las citas son la esencia de la lectura.  
No sé quien ha escrito esta sentencia,  
ni me importa, lo cual ya es más gra-

ve; pero es indiscutible que una lectura reposada acaba por dejar grabados en el cerebro varios pensamientos, o, lo que es lo mismo, varias ideas convenientemente desarrolladas por la palabra escrita.

A veces las citas son profundas como la fos de un asmático; a veces son intrascendentes como un juicio oral, mas siempre resultan oportunas y del gusto del lector.

Confieso que soy muy partidario de

encabezar con citas mis trabajos y éste ya encabezaré también como sus hermanitos. Las dos primeras son unas citas fonéticas. Lean la primera rápidamente y se convencerán de que tiene el más puro sabor musulmán. «Benjamín, baja la jaula a Jaime.» Seguramente no hablaba mejor el árabe vulgar el ilustre y ya fallecido Almanzor. Es una frase a la que se le ve el jaque y algo de la babucha. Y repetida varias veces, es un mareo. Conformes.

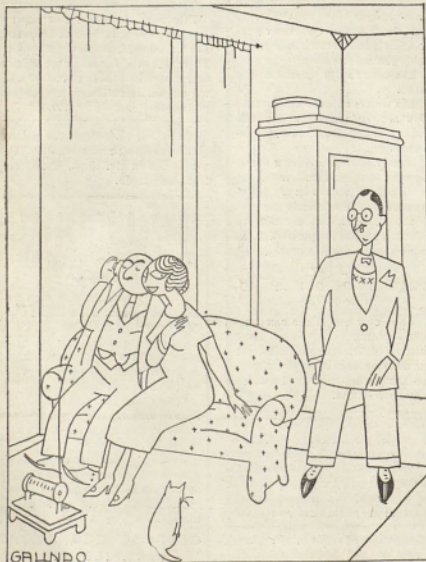
La segunda frase. «Ven aquí, barre y echa aquí arena», no puede tener un aroma más vascuense. Al pronunciarla se cree uno transportado a Hernani o a Ondárroa. Resumiendo: que si la primera es mareo, la segunda es vasca.

Veo, sin embargo, —claro que lo de «sin embargo» resulta un poco impropio en boca de un individuo que debe seis meses al casero— veo, sin embargo —repto— que me he apartado de la cuestión que pensaba tratar. Porque iba a hablar de las citas, pero de las citas de amor, lo cual es, sin duda alguna, mucho más interesante que lo dicho hasta aquí.

Adelantaré que al hablar de citas de amor no quiero referirme para nada al individuo por autonomasia que se cita con la novia para ir al cine, a ver una película de «Pamplinas.» Eso no tiene nada que ver con el amor; es, simplemente, un caso de *cinismo* agudo o de *pamplinismo* exacerbado.

Creo que ya manifesté en otra ocasión que, en mayoría, el noviazgo no tiene nada que ver con el amor. ¿Se le puede llamar cocinero a un hombre que no posee más ciencia culinaria que la precisa para freír filetes? Evidentemente, no. Pues la relación entre un cocinero y ese hombre, es idéntica a la que existe entre un noviazgo y un amor. A su tiempo, definí el noviazgo de esta manera: «Noviazgo es el período de tiempo comprendido entre la felicidad y el matrimonio.» Como puede verse, en la definición no entra el amor para nada. En consecuencia, al hablar de citas de amor, nunca podré referirme a las citas de los novios, que no merecen citarse. Adelante.

Dos días antes de la cita, el nerviosismo es común a dos: a la mujer y al hombre. En esas cuarenta y ocho horas que preceden al encuentro, se hacen todas las tonterías imaginables y se dicen las mayores sandeces. La «mujer citada» se encuentra hasta sin fuerzas para regatear las compras que hace; y el «hombre citado» se halla en excelentes condiciones para que un amigo le pida cinco duros con éxito.



Dib. GALINDO.—Madrid,

—¿Y para oír la radiotelefonía se ponen ustedes así?

—¡Sí, señor: no ve usted que lo que a éste le entra por un oído se le sale por el otro!...

Antecede a la cita una noche de insomnio, una inapetencia pronunciada como un discurso y una digestión tempestuosa y e inarmónica.

A esa clase de citas llega el hombre el primero. Se pasea agitado, fuma veintinueve cigarrillos, recita versos de Campoamor: está indiscutiblemente perturbado.

La mujer llega siempre tarde. Si es casada, asegura que su marido tardó más que de costumbre en irse a la calle; si es viuda o soltera o casada sin compromiso, se extraña mucho de llegar tarde.

—Te estoy esperando desde las cuatro.

—Pero si acabas de dar!  
—Acabarán de dar en Londres, pero en Madrid...

Ella mira el reloj, y, fatalmente, le echa la culpa al *remontoire*.

—¡Vaya! ¡Se me ha parado! Pues me extraña, porque es de Omega.

Hay un desprecio mutuo hacia el alfabeto griego y llega el momento de correr el velo de la discreción.

La mujer suele acudir en coche a las citas. Ante la invasión de *taxís*, los coches no se utilizan ya sino para interrumpir el tránsito tirando el caballo al suelo o para que las damas acudan a las citas. El coche es la tercera persona en esa eterna tragicomedia de Calixto y Melibea. De ese uso nacen los temores de la «mujer citada».

—¡Tengo miedo!

—¿Pues qué pasa?

—El cochero que me ha traído aquí, me ha mirado de una forma...

—¿No será que le has dado poca propina?

—No, no. Es que me parece que conoce a mi marido de una noche que fuimos en coche a la Zarzuela...

—¿Porque las mujeres suelen ser así de adorables y de incongruentes?

Otras veces la dama no acude a la cita. Esto suele ocurrir siempre que el «hombre citado» ha preparado el té esperándola. Dan las seis, las siete, las ocho... Anochece, y el que aguarda concluye por tomarse el té, él solito, con pastas y con fruición.

La falta de una mujer a una cita tiene más de agradable que de molesta. Ello hace que la entrevista se aplice y ya es sabido que lo más agradable del amor es lo que no se ha conseguido aún.

Las últimas citas—esas citas en que ambos se despiden quizá para siempre—son las más exquisitas.

Yo conocí a una parejita que estuvo citándose para despedirse por espacio de diez y siete años.



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¡Monín! ¡O te callas o te hago papilla!...

Y conocí a otros dos amantes que sólo se reunían para llorar la desgracia de no poder unirse eternamente por culpa del marido de ella, que no se decidía a dejarla. Lloraban tanto, que yo les veía disolverse poco a poco, sin poderlo evitar. Un día el marido se cayó de un autobús y se hizo somato-se la existencia. Visité a mis amigos

para darles la enhorabuena y los encontré regañados.

—Ya—me explicó él—no nos veremos más. Porque, desaparecida la causa de nuestra desdicha, ¿qué es lo que vamos a llorar?

Le recomendé un reconstituyente para el cerebro y me fui.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Agencia para la venta de BUEN HUMOR en TAMPICO (Tamps) México D. Hermenegildo Dávila G., Apartado núm. 50

# BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

"LA GOYA"



LA GOYA

Esta semana la hemos dedicado a una dama. ¡Loado sea el Señor! Ya teníamos ganas de ver algo bonito. Hacía tiempo que nuestra acaudalada propietaria y tonedillera, se entregaba a las burguesas delicias de hacerse un gran hotel y a los recatados placeres del hogar con Mah Jongg desde las tres de la tarde a las tres del día siguiente.

Cuando vimos que se presentaba en un teatro de Madrid después de tanto tiempo de retiro, fuimos allí dispuestos a tirarle a semejante prenda, para que pasara y pisara sobre ellas con el garbo que la caracteriza, todas las prendas nuestras: el sombrero de ala ancha, la capa, la cabeza y el pedazo de cordilla que llevo como sustitutivo aquí, en el lado izquierdo, desde el día aquel en que ¡ay!

me quitaron en un tranvía la parte alcuota de corazón que me había correspondido en el reparto.

Fuimos, y, en efecto, se lo mereció.

Nosotros hemos reducido casi siempre la reseña de estrellas de variedades porque es una misión peligrosa. Somos críticos de arte y el arte es masculino; los autores también suelen serlo. Y aunque protesten, con hombres siempre hay defensa, pero con señoras, no. Si dan por ponerse fieras, nos arañarán varias; y si dieran —caso hipotético improbable— por ponerse amables, no faltaría alguna que también, al saberlo, nos arañara. Todo son peligros en este terreno. Censurar no podemos censurar porque la que más y la que menos nos parece guapa y siéndolo, lo demás ya... ¡quién va a reparar en lo demás para ponerle reparos! Si no saben hacerlo mejor, qué mas da. ¡No es cosa de ser exigentes! Ya lo decía el dramaturgo portugués: «Si no exigís belleza a los sabios ¿porqué váis a exigir sabiduría a las bellas?» Y tenía razón. Nosotros nos libramos muy bien de pedirle a las bellas, sabiduría; ni sabiduría ni nada. Nosotros no le pediremos nada a las bellas, lo que buenamente quieran darnos y ¡gracias!

Pero es el caso que en este terreno de las variedades resulta más peligroso todavía elogiar que



LA GOYA



poner verde. Si ponemos «como hoja de perejil» a una distinguida estrella, puede que éste se ofenda teniendo que en lo del perejil haya alusión a los tiempos antiguos en que lo echaba picado en la tortilla a las finas hierbas mientras ensayaba en la cocina a voz en cuello, los cuplés que ahora canta en el escenario. Pero si ésta se incomoda será una. En cambio si la pongo por las nubes se me ponen también por las nubes, en el acto, todas las demás. Y hay conflicto siempre.

Pero, en fin, ¿lo que haiga!—como diría alguna—. Yo tengo que alabar a la Goya y he de alabarla aunque no cueste el boliche con nariz que remata la parte superior de mi persona.

La Goya me pareció bien; muy bien. Sigue siendo como siempre o más que siempre, limpiamente, claramente guape; sutilmente, delicadamente graciosa; y fina, sobre todo fina. Sabe decir y sabe no decir demasiado; insinúa con el gesto y pasa instantáneamente, con discreción feliz. El comentario del ademán siempre es elocuente, con suil gracioso irónico, y sin apoyar, sin recalcar. Al buen entendedor le debe bastar con los matices. Se ve que la Goya es inteligente y que hace a los espectadores el honor de suponerlos también inteligentes.

Trata, además, ahora de renovar su trabajo «escenificando» sus canciones: en la escena, o en el cortinaje que suele servir de fondo a las canciones, coloca ella algún pequeño detalle de mobiliario o de escenografía: una reja con tiestos, llena de sol; una banqueta y una mesa de taberna con la botella de tinto y el vaso. Estos detalles, además de constituir un adorno plástico de la escena, y de evocar tal o cual sugestión pertinente al caso, ofrecen ocasión para que la canción sea no sólo cantada sino mimada al mismo tiempo.

Es un pequeño ensayo que puede originar variantes gratas, aunque también nos traerá serios disgustos. Habrá muchas que ya no se contenten con cantarnos, dramatizando la cornada del amante, y las horas de ensueños perversos entre el humo del opio y el proceso puntualizado de toda su carrera desde ursulina a flor del arroyo, sino que tendrán que sacar a escena el arroyo todo, y querer darnos el opio y presentarnos el cuerno fatídico que mató a su hombre y el cacho de camileta ensangrentada y el escapulario de la virgen del Carmen que llevaba el diestro («Morenazo de...») cuando dejó la sangre en la arena... Habrá un cuplé de aviador en el que se verá perderse a lo lejos, por el cielo, un aeroplano...

Pero no importa. Aurora. Siempre, después de las auroras, vienen las noches cerradas; pero eso es inevitable...

MANUEL ABRIL

## ENTREACTOS

### Los profesionales de la buena sombra.

Hay una obra de Pirandello, en donde un pobre hombre, cansado ya de tener mala sombra, se decide a convertir su jefatura en profesión y procura convencer a todo el mundo de que tiene «la fízna», seguro de que, en acreditándose bien de hombre de mal agüero, le bastará ponerse delante del escaparate de una tienda para que el dueño le de cinco duros en el acto con tal de que se vaya y solucionar así, repitiendo la suerte, el problema de la existencia, que de otro modo se le presenta pavoroso. En París, por lo visto, hay otros que, al contrario de éste, profesionalizan su mascota. En los teatros de París se da el caso de que se presentan en día de estreno algunos

caballeros solicitando una localidad gratuita.

—¿A santo de qué?—suele preguntar el empresario.

—A santo de que el santo está de frente allí donde yo estoy—suele contestar el profesional de la suerte—. Yo soy el hombre de la buena pata; tengo una mascota; estreno al que yo voy, estreno que no falla.

El empresario, por mucho que presume de no ser supersticioso, rara vez se atreve a desperdiciar aquella probabilidad tentadora.

Pero los hay ambiciosos. Empresario hubo, no hace mucho, que dijo al hombre de la suerte:

—Está bien. Pase usted a ver el estreno, pero como la obra no llegue a las doscientas, cuente usted con un puntapié mío para la próxima ocasión.

Y será o no será por influjo de los dioses propicios, pero la obra en cuestión parece que va ya por la centena.



GEORGINA VIOLETA, DEL TEATRO MARTIN

# LOS PARQUES, LA MORAL Y EL MUNICIPIO

Con los calores de primavera y ya pronto estivales se volverá a colocar como tema de discusión, la apertura nocturna de los parques de Madrid.

Julio Camba propuso, muy acertadamente, el año pasado, que se cambiasen las horas de trabajo y que la vida de la ciudad se efectuase de noche.

Esta idea basada en la observación y, la lógica, no tuvo acogida oficial y no se llegó a poner en práctica. Hubo hasta quien protestó que se intentasen variar las horas de sueño.

Entendámonos; nosotros no podemos tolerar que se discuta con mala fe. Las horas de sueño no son por la noche, las horas de sueño son precisamente por la mañana, a la hora en que le despiertan a uno, y también por la tarde, después de almorzar.

¿Hay alguien que discuta esto? Nadie, por poco observador que sea, puede poner un pero a esta afirmación. El lector sabe, por propia experiencia, que es a esas horas aludidas cuando siente más deseos de dormir.

Cambiemos, pues, nuestro horario y

vivamos de noche, y ¡claro! quédense abiertos los parques públicos.

Contra esto último surgieron el pasado año los llamados «defensores de la moral y de las buenas costumbres». Dijeron: «De noche en los parques se cometerían actos abominables».

La gente les contestó que no; que no ocurriría nada grave; que lo mismo podría suceder en otros lugares abiertos por la noche; que sólo un interés de competencia podía dictar sus frases. Pero esos tristes señores de chistera enlutada, maniobraron en la sombra y los parques no se abrieron.

Sin embargo, su apertura nocturna es una necesidad imperiosa. En este Madrid, donde la libertad existe de un modo palpable, hasta el punto de poder berrear por las calles en la madrugada, no debe de faltar este otro requisito que nos colocaría al nivel de otras grandes poblaciones del mundo en donde la gente no es tan mal pensada y se calla cuando va de noche por las calles.

Pudiendo, por las noches pasear bajo

los árboles y después cantar canciones asturianas por el centro de la capital, ¿qué más podremos envidiar a esas otras naciones, que se dan importancia de progresivas por tener un parlamento y otras menudencias?

¿A que no cantan aires regionales sus ciudadanos, a las mismas horas que en Madrid?

Y es que aquí poseemos la verdadera libertad.

Si el Municipio considera la apertura de los parques desde el punto de vista financiero, se dará cuenta de lo que significa en su favor esta medida.

Para explicar esto, relatémos un suceso que aclara la cuestión.

Hace algún tiempo paseaba el que esto firma en compañía de una joven extranjera por las frondosas alamedas del Retiro; después de caminar un buen rato, y cuando ya consideráramos suficiente la capa de arena y piedrecitas que se había introducido en nuestros zapatos, nos sentamos en uno de esos bancos cubiertos de inscripciones.

Aquel día permanecimos un momento en silencio; sentíamos la naturaleza en todo su esplendor, o sea arreglada por el hombre; el parque, con sus árboles de especies variadas, sus flores y sus riachuelos, encantaban nuestro espíritu, hecho a la ciudad o al campo salvaje, Aravaca, Carabanchel, Vicálvaro... Los dos reflexionábamos en lo beneficioso que resultaba la mano del hombre corrigiendo los defectos de la naturaleza en bruto.

De repente observé cómo por el zapato de mi acompañante trepaba una de esas feroces hormigas de cabeza colorada.

—Permitame—le dije, y cogí con dos dedos al bicho y lo mostré a mi amiga.

—Una hormiga roja—dijo ella, al ver la hormiga roja.

—Sí, contesté yo, y no sabiendo qué decirle, pronuncié a su oído: «¡Usted cree que estas hormigas son beneficiosas para la Agricultura?»

—Vámonos—me contestó sin duda ofendida por mi conversación.

Nos levantamos y nos disponíamos a marchar cuando de detrás de un árbol, apareció un guarda que con el ceño fruncido nos dijo: «Quedan ustedes decomisados».

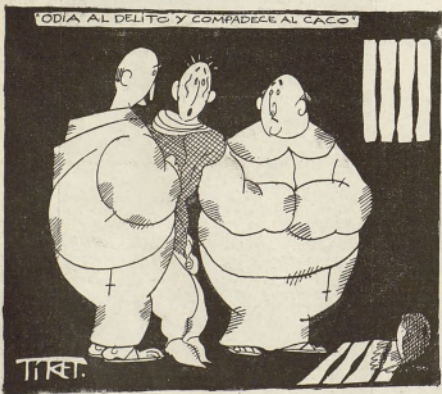
—¿Nosotros?—esclamé.

El guarda prosiguió: «—Sí, ustedes, por atiques a la moral; usted le ha felizado un tobillo a esa señora y luego la ha besado».

—¿Y a dónde nos lleva?—le pregunté.

—A la comisaría, de allí se dará parte a sus domicilios.

El programa era aterrador y no sabía qué hacer, hasta que Pepe, mi ángel de la guarda, me dictó al oído:



Dib. TITET. —Santiago de Compostela.

REO DE MUERTE

—Serenidad, hermano; comprendemos que el trance es duro.  
—¿Duro? ¡Como para perder la cabeza!



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Lo que me extraña es que tú no hayas hecho ningún tanto...

—¿Pero os habéis fijado en el medio que me han puesto? ¡Marca más que un taxímetro!

«Esto se arregla entre hombres». Cuando lo dije observé que el guarda desarrugaba el entrecejo. Pepe siguió dándome órdenes. «Ágila unos duros en el bolsillo». Yo agité el bolsillo y efectivamente sonaron unos duros. ¿Cómo estaban allí? Nunca lo he sabido: un milagro de Pepe.

El guarda dijo:—Sí, esto se arregla entre hombres.

Entonces mi ángel de la guarda, me dijo: «Dale los dos duros» y yo obedecí. El guarda se calmó definitivamente, se quitó la gorra y nos dijo: No es por los dos duros.

Tuve intención de quitárselos, pero el ángel me dijo: «No se los quites que te la cargan».

Quedé, pues, inmóvil hasta que mi compañera me dijo que nos marchásemos. Nos disponíamos a hacerlo, cuando el guarda nos detuvo con su pala-

bra más suave.—Comprendo lo que es la juventud, dijo—si desean seguir en este banco pueden hacerlo con entera libertad.

Esto que me ocurrió a mí, le ha sucedido con ligeras variantes a muchos ciudadanos de la villa y corte; unos dicen que cumplieron entregando cinco pesetas; otros presumen de haber dado sólo dos, el caso es que se precisa abonar una cantidad para quitar una hormiga colorada de un tobillo.

Y en ese sentido pretendo orientar al conde de Vallellano, hombre de ideas modernas y alcalde de Madrid.

Sería conveniente establecer una tarifa única, de dos pesetas la hora, mediante la cual se podría uno dedicar a inocentes expansiones en el parque. Y la apertura nocturna para obtener así dólbes ingresos.

No ha de faltar gente que opine que

esos excesos no se deben de perseguir ni colgar; pero nosotros pensamos en concejales, en amigos del Municipio, y comprendemos que esos ingresos son necesarios para el mantenimiento de los parques, y la adquisición de rocas careadas para los efectos de agua como cascadas, etcétera.

Esperamos que el alcalde nos atienda y creemos que la señorita Echarri no se opondrá a ello. Nadie más capacitado que una mujer para darse cuenta de que en los parques de Madrid sólo se respira honestidad.

Pásese la concejalía a cualquier hora del día o de la noche por los parques, y verá como nadie le dice nada ni la falta al respeto.

Es mucho pueblo este.

EDGAR NEVILLE



# YO QUIERO UN LÁPIZ

Hay que ser un poco novio de los escaparates, mirarlos todos los días y sentirnos acariciados por sus luces.

Debemos mirarlos a todos, como miramos a las mujeres, y también a los que son pequeños y poco vistosos, como a veces miramos a las mujeres insignificantes. Ninguna mujer, por desgracia, se nos dará tan francamente, de un modo tan entero como el escaparate se nos da.

Primero, el escaparate nos llama con su luz. A veces, nos obliga hasta a cruzar la calle. Y cuando ya nos tiene delante, hace como un prestidigitador que va sacando objetos, o, mejor, como

el niño que en el día de su santo ha tenido muchos regalos y nos los enseña a todos, uno a uno, con recuento goloso, retardado, siempre guardando lo mejor para el final por no dejarnos indiferentes.

—Mira, nos dice el escaparate— tengo reglas, tengo lápices de colores, y lámparas de mesa, y cestos para echar los papeles, y también un estuche de compases, y libros para ordenarlo todo, y frascos de tinta, y...

Así, nos hace un poco la cara, como se la hacen los novios en los últimos días de novios. El escaparate nos dice lo que nos hace falta y nos mete el de-

seo de poseerlo. Sobre todo, suele ser atinado y nos ofrece todo lo que puede servirnos para vivir mejor.

Y cuanto más cosas tiene y más distintas son todas, más llena de sorpresas y de sugerencias el escaparate. Entonces, somos un poco descubridores del mundo de las cosas, y hemos de gozar al encontrarlas, escondidas o relegadas.

No hay escaparate, aparte de algunas tiendas abominables, las tiendas del mal gusto, del que no nos llevaríamos algo a casa, con esa felicidad de comprar y de llevar a casa y saber que sólo será ya para nosotros.

Hay que mirarlos todos. Son como mujeres. Y si alguno nos sonríe más que los otros, o nos hace un guiño con alguna de sus muestras, entramos en la tienda, y lo vemos por detrás, como dejamos pasar delante a la mujer que nos ha mirado.

Hay que ser como niños, cuando miran los escaparates y se preguntan, con las narices achataadas contra el cristal:

—¿Tú cuál quieres?  
Debemos jugar a quererlo todo, y a creer que basta querer, o, por lo menos, a querer creer.

En uno de esos días, yo he visto un lápiz en un escaparate; y el niño de los escaparates se ha despertado en mí. Es un niño que duerme poco.

El lápiz es un lápiz colosal. Mide más de un metro, y es como los corrientes de madera en exadro y con su mina de carbón dentro, ¡pero una mina como para hacer galerías y con carbón para tres inviernos! Es un lápiz, tan alto como un niño de ocho años y anuncia a Koh-i-noor, la mejor marca de lápices que existe.

Al verlo, he comprendido que necesitaba ese lápiz y he sentido deseos de robárselo al poderoso rajah que lo sostiene, y que además tiene otro, (esos rajahs son los hombres más afortunados de la tierra).

Con ese lápiz gordo tengo que escribir los personajes ordinarios de las comedias, las descripciones fuertes de las novelas, necesito ese lápiz para librarme de ser un escritor como los demás. Ese lápiz, además, me servirá para los artículos agresivos y puede servirme de arma defensiva contra los ataques por ellos.

Por ese lápiz, lo daría todo, hasta mi vida; todo... menos dinero.

El sólo me puede sostener en la vida como un vástago a la vida. Con él me sentiré seguro de no escribir nunca ningunos versos castizos, ninguna novela psicológica, ni ninguna comedia con el argumento del tango de «La Provincianita.»

José LÓPEZ RUBIO

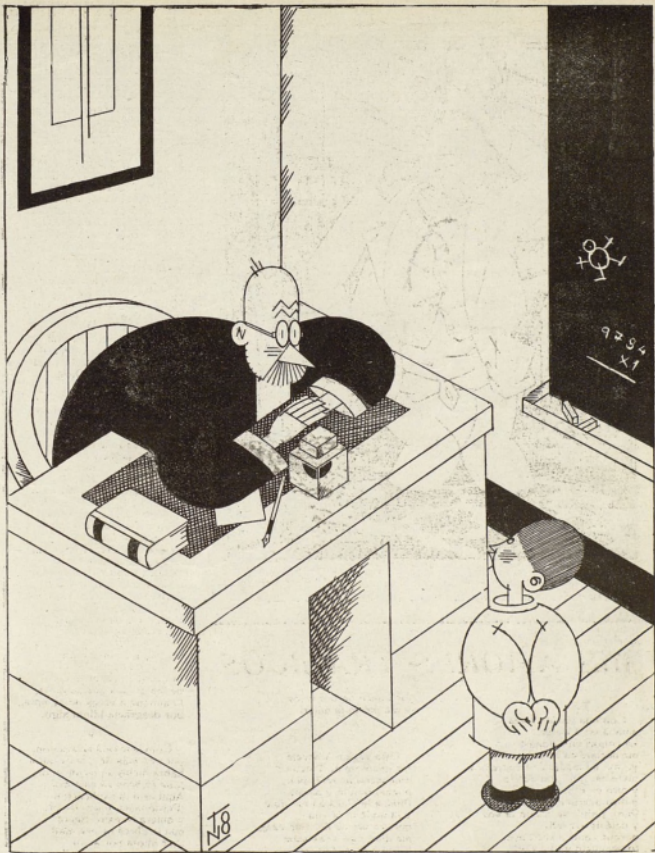


Dib. Bernabé. —París.

EN «LA ROTONDA»

—Mira cómo se me ha puesto la nariz de humor herpético...

—¡Ph! ¡tú siempre has sido un gran humorista!



— Vámos a ver, señor Gutiérrez, demuéstreme usted que la tierra es redonda.  
— Pero si yo no he dicho que la tierra sea redonda!

Dib. Tono. — París.  
ESTUDIO DE DIBUJO



Dib. CASTILLO. —Madrid.

—¡Pero qué cabeza la mía! ¡Pues no me he dejado los pies en casa!

## MIS AMORES TRÁGICOS

### I

Con una pasión feroz  
amaba yo a Beatriz.  
La conocí en Badajoz,  
me declaré en Mondariz,  
y, ¡ay, mi madre!, en Estremoz  
tuvimos, ¡jijí!, un deslíz  
y otro en Figueira da Poz  
y otro horrible en Alcañiz.  
Pero, ¡jah!, se corrió la voz  
y dejé de ser feliz  
porque aquel amor atroz  
lo denunció un tal Ortiz.  
Le pareció mucho arroz  
al papá de Beatriz,

me buscó fiero y veloz  
y me partió la nariz.

### II

Otra vez en Albacete  
me enamoré de Torcuata,  
muchacha de rechupete,  
buena, bonita y barata.  
Puse a la chica en un brete  
y tanto le di la lata  
que, en vez de decirme vete,  
me dijo: *ven a las siete*  
y dime de qué se trata.  
Fui y probé en un periquete  
que el que la sigue la mata,

pero su tío Cafiote  
sorprendió la zangarda.  
Y entrando en el gabinete  
donde yo hacía el pirata,  
me dijo: ¡toma, guarrete!  
y me hizo cisco una pata.

### III

¿Pues y mi amor por Maruja,  
la esposa de Blas Perojo,  
que vivía de la aguja  
por estar él malo y flojo?  
Maruja, hechicera y bruja,  
puso mis nervios al rojo  
y el amor, que al dolo empuja,  
me hizo traidor sin sonrojo.  
Confieso que fui un granuja  
y que a Blas puse en remojo,  
y al sustraerle a Maruja  
dejé su honor algo cojo.  
—¡Si se entera, tal vez rujal!—  
dije, demostrando arrojo.  
¡Y se enteró por Luis Sujal!  
¡Y sin rugir, me hinchó un ojo!

### IV

Pero mi pasión bestial,  
mi amor tremendo y febril,  
fué el que sentí por Luz Val  
durante el pasado abril.  
Tenía la pobre Luz  
un padre digno de Fez,  
y un novio que era andaluz  
y una madre que anda, diez.  
Me conmovió su hermosura  
(a la de Luz me refiero)  
y comencé la locura  
de robarla sin dinero.  
Y en un taxi de sesenta  
nos marchamos velocemente  
primero a Peligros, treinta  
y luego a Delicias, veinte.  
Pero cuando daba a Luz  
un servidor un abrazo,  
surgió el padre, el andaluz,  
la mamá y un estacezo.  
He dicho uno y he mentido  
de un modo avieso y alevé,  
porque este uno fué seguido  
de lo menos treinta y nueve.  
En fin, fué tal la paliza,  
tan brutal su ligereza,  
que el recuerdo me desriza  
los pelos de la cabeza.  
Y lo atroz de mi derrota  
es que (con rubor lo digo)  
de los golpes quedé idiota,  
y, aunque a veces no se nota,  
por desgracia idiota sigo.

### V

Conviene esta aclaración,  
pues en más de una ocasión  
habrá dicho un lector mío:  
*¡qué imbécil es este tío!...*  
Aquí está la explicación.  
¡Perdóname, pues, lector,  
y quiera Nuestro Señor  
que te libres de ese mal!  
¡Ser idiota por amor  
es enfermedad mortal!

NÉSTOR O. LOPE



# MI AVENTURA EN EL CAFÉ DE "LOS TRES LEONES DE ORO" (1)

Yo era fumador.  
Y soy cleptomano.

Consultad el diccionario de la lengua castellana, décimocuarta edición, Madrid, 1914.—antes de la guerra—buscad la palabra cleptomano. No la encontraréis. Pero no por eso dejo de serlo.

Lo ajeno me seduce, me tira, como



vulgarmente se dice y una vez cautivada mi atención por algo que vehementemente deseo pase a mi poder, no paro hasta conseguirlo por el sencillo y económico medio del hurto.

Así os explicaréis que al pasar aquel día ante las ventanas del café de «Los Tres Leones de Oro» me sintiera dominado por la más viva de las emociones al divisar tras las vidrieras a aquel hombre vestido con traje de gabardina color café con leche (más leche que café), que estaba solo en una mesa.

Soy rápido en mis decisiones y de presencia de ánimo a toda prueba. El hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café), estaba fumando un magnífico ha-lano de



los de sortija dorada y del bolsillo pectoral izquierdo de su cazadora, asomaba otro de la misma vitola.

Yo era fumador. Ya creo que lo he dicho.

Esos deseos que todos habéis sentido a la vista de un puro asomando

(1) De Las memorias de un poeta groenlandés.

del bolsillo del prójimo, se apoderaron de mí con el imperativo de lo categórico.

Aquel puro tenía que ser mío. Entré en el café de «Los Tres Leones de Oro». Todas las mesas ocupadas. Tras las excusas de rúbrica, me senté junto al hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café). El trazo color habana que el cigarro dibujaba sobre el bolsillo pectoral izquierdo de aquella cazadora de gabardina color café con leche (más leche que café), fascinaba mis sentidos voluptuosamente.

Si recordáis los momentos preliminares de vuestros más sencillos hurtos, comprenderéis toda la intensidad de mis sensaciones.

El hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café), me dirigió la palabra. Su voz era armoniosa, si bien velada por cierto dejo agudatoso. Mi emoción no tuvo límites.

—Celebro mucho, caballero, —me dijo,—que una persona de sus dotes morales haya venido a sentarse a mi mesa y espero que este feliz acontecimiento sea el comienzo de una de esas amistades fuertes y duraderas, cimentadas en la mutua simpatía y en la comunidad de sentimientos. Soy un espíritu inquieto, mi querido señor, y un enamorado de la mecánica. Los negocios me atraen; las especulaciones me fascinan. Ha de saber usted que a mi única iniciativa fué debida la creación en Madrid de aquella famosa sociedad anónima para la colocación y explotación de los conocidos bancos de sardinas en los paseos públicos...

La amena e interesante charla del hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café), iba cautivándome con la pirotección de sus floridas frases. Mi trabajo de cleptomano tenaz y obstinado, continuaba sin tregua: ya había aprisionado el cigarro que asomaba por el bolsillo pectoral izquierdo de la cazadora de gabardina entre los dedos índice y corazón de mi mano derecha. Nadie me había visto. Adoptando el gesto más adecuado a las circunstancias que me fué posible, mordí la punta del habano, escupí y rogué a mi emable compañero de mesa me prestase una cerilla que le devolví religiosamente, una vez encendido el puro y mientras aspiraba su aromático humo. Mi afecto por aquel hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café), subió de punto, hasta convertirse en carifio fraternal. Una ternura infinita invadió todo mi ser. Fácilmente os haréis cargo de ello, pues ya creo que he dicho que era fumador.

Escuchaba la charla amena de mi ya

fraternal amigo, el hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café), contemplando al propio tiempo la danza de las volutas de humo que se desprendían de mi habano por la espesa atmósfera del café de «Los Tres Leones de Oro», cuando, sin duda porque alguien le llamaba desde la calle, levantóse mi ya fraternal ami-



go y rogándole le dispensara unos instantes, se salió del café.

Siete horas después, aun esperando yo el regreso del hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café), sin resignarme a perder para siempre a aquel ya fraternal amigo. La colilla del puro yacía en el suelo, entre salivazos y envolturas de terrones de azúcar. En el café de «Los Tres Leones de Oro» sólo quedábamos el camarero y yo. Aquél me miraba con el afecto que se mira al último transochador. Pagué al fin mi cerveza y un bisté con patatas y otros aditamentos que el hombre del traje de gabardina color café con leche había tomado y olvidado pagar.

Salí a la calle. Instantáneamente quise



saber la hora. ¡La cadena de oro de mi reloj había desaparecido! ¡Mi reloj de oro también!

Dediqué un afectuoso recuerdo al hombre del traje de gabardina color café con leche (más leche que café).

Fué por aquél entonces cuando dejé de fumar.

F. RAMÍREZ MONTESINOS

# EL COLAPSO

El «Tauro-Circo» —¡literatos a mil!—, hervía de entusiasmo. Recordaba su techumbre sobre el cielo diáfano un disco azul-añil. Una multitud abigarrada, ávida de emociones, se apiñaba casi asfixiándose, exhalando, con bastante prodigalidad, un fufillo acre que recordaba, con fiel exactitud, ese olor característico de los naipes nuevos o de las axilas trabajadas. Sobre estos perfumes, más o menos añejos, flotaba otro, a mosto a medio digerir, que tumbaba de cúbito supino.

Surge en mi mente acalorada, aquella contestación que un espectador de corrida de toros, dió al amigo de un

futuro fenómeno, al preguntar éste por la suerte del torero: «A las cinco le tiró el primer derrote; cuando yo salí de la plaza, aun no había bajado».

Algo parecido hay en estos mal trazados renglones.

Los carteles anunciaban una novillada, pero a juzgar por el tamaño y kilos de los becerros era una corrida formal. Tan formal que no había más que ver los rostros de los *toradores*.

El que menos tenía cincuenta años, y el que más, había visto uno de los bichos; no tuvo *paciencia* para seguir mirando.

La empresa debía estar en comandi-

ta con otra más lúgubre y no menos indispensable, para nuestro viaje eterno, que dió el *vate ferroviario* y exquisito...

Se hizo el paseo como se pudo y cuatro o cinco cabezas, huérfanas de toda clase de melenas, surgieron de las monteras, con el saludo de rúbrica. Se oyó el escalofriante clarín y un silencio sepulcral, *blanquecino*, envolvió al circo.

La muchedumbre, con su instinto peculiar, se dispuso, con un placer morboso, a presenciar un concurso de aerostatos. Había espectador concienzudo que llevaba, en marcha, un bonito cronómetro para calcular con justeza el tiempo de *intemperie* que le esperaba a alguno de los *Cúchares*.

Rompió plaza el primero, llevándose por delante un pedazo de barrera, y aunque los programas de manos, hacían constar la carencia de picadores, raro fué el *protagonista* que no adoptó una postura, más o menos hípica, en lo primero que encontró a mano, dispuesto a salir urgentemente del anillo, y si le dejaban, de la plaza.

Por fin, uno con más vergüenza torera, (que ya sabemos es una vergüenza especial), se fué a los medios y se abrió de capa. Más rápido y artístico hubiera sido abrirse la tapa de los sesos. El *tauro* era corneiveto, y hasta cierto punto buena persona, pero así y todo le dió tal fatiga, jugó de tal manera con el gusano de seda y oro, que lo dejó en la candente arena como una especie de concha vacía. Hay quien asegura que hasta le mordió, pero no pudo comprobarse.

Entre diez o doce fué a la enfermería, seguido de toda la caadrilla que no volvió al ruedo ni con el tercio de voluntarios.

Llegó el doctor, reconoció al paciente, que yacía, pálido como un muerto, sobre una colcha colorada tirando a cretona. Diagnóstico rápido: «Nada, nada de particular; el susto, grande como un continente, y bajo la influencia de un vahído. Total, nada; un colapso...» Su peón de confianza, exclamó: «¡Listé perdone, dorío, pero no e un colazo; yo estaba muy cerca *der probecito*, y la *dao* con *tó* menos con la cola...»

PEDRO RISTORI MONTJO



Dib. LINAGE.—Madrid.

—¿Cómo querria el señor los huevos?  
—¿Yo? ¡A sesenta céntimos la docena!

# DEL BUEN HUMOR AJENO

## BRIC-A-BRAC

### 1 heredero

Es Tristán Bernard —naturalmente quien cuenta esta historia: El barón de Rotschild daba 50 francos por mes a cada uno de los dos hijos de un antiguo servidor de su casa.

Uno de los hermanos murió. El superviviente se presentó en casa del bienhechor.

—Aquí tienes tus 50 francos, le dijo éste.

—¿Y los de mi desgraciado hermano?—preguntó el otro.

—Pero si tu hermano ha muerto—respondió el barón.

—¡Ah! ¿pero es que usted tiene la pretensión de heredar a mi hermano?

\*\*\*

### Un favor

La historia del joven lord de Catchgold es digna de ser recordada a los jóvenes aristócratas que buscan una rica heredera.

Habiendo dilapidado todos sus bienes, este par británico puso sus ojos en la hija de Berneruehl, el millonario surefricano.

En una de sus visitas, le dijo:

—Alma de mi vida. Voy a hacerte un regalo; pero, no un regalo vulgar, unos diamantes, por ejemplo. Sería como echar agua al mar. No. Te enviaré un simple *bouquet* de rosas, con tantas rosas como primaveras tiene usted.

—¿Sabe usted mi edad?—preguntó Casilda Berneruehl, un poco inquieto; pues, sólo declaraba veinte de sus veinticuatro años.

—¡Ya lo verá usted!—repuso el lord.

Y fué a casa de la florista.

—Esta tarde misma enviaré usted un ramo de veinte rosas a miss Casilda Berneruehl, con esta tarjeta.

Cuando se hubo marchado la florista, dijo a su marido:

—Este joven Catchgold ha sido un buen cliente cuando tenía dinero. El año pasado enviaba dos ramos diarios a la Simpson, de Gaiety Théâtre. Voy a añadirle una docena de rosas al ramo. Así llenará más.

Y, por eso, la boda de lord Catchgold y miss Berneruehl no llegó a celebrarse.

\*\*\*

### Un pleito extraño

El señor Boncoeur hacía siempre el mismo camino para ir a sus asuntos.

Todos los lunes, un mendigo instalado en una de las esquinas de su ruta, le alargaba la mano, y el señor Bon-

coeur depositaba invariablemente cuatro perras chicas en el platillo. Había llegado a ser para él una costumbre, que no aliteró hasta que la esquina fué ocupada por otro mendigo.

Más tarde, al abrir el correo, el señor Boncoeur encontró una citación para comparecer como testigo en un pleito entre Juan Delny y Gustavo Chapetot, dos nombres desconocidos para él.

Aun fué mayor su sorpresa cuando vió que las partes contendientes eran los dos mendigos que se establecieron en la esquina de su calle.

Y su asombro llegó a un grado máximo cuando vió que el segundo mendigo acababa al primero de falsas alegaciones en un determinado pacto de irraspaso.

Boncoeur supo que había sido vendido como cliente de una peseta al mes, y que en el mes último sólo había dado cuarenta céntimos.

El comprador había sido engañado en la calidad de la mercancía vendida y, como es justo, pedía una indemnización.

A. R. H.



LA MANGA DE RIEGO NUEVA

(Del The Humorist, Londres).



## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, o presencial en esta forma:

## BUEN HUMOR

PARTADO 12.142

MADRID

J. O.—Querido rectificante, una cosa es la amistad y otra el negocio; una la broma y otra el santoral; una que se disfraza en colaborador y haga una afirmación gratuita (aunque cobrándola) y otra que nos ofrezca demos campo para una posibi-

Los corsets y fajas, de casa de *Pressa*, son siempre elegantes, bien a todas alturas. Y el sostén de pechos de marca ideal, saben las señoras que no tiene igual.

Fuencarral, 72.  
Teléfono 48-00-M.

mica que no nos conduciría a ninguna parte, ni siquiera a las Ventas del Espíritu Santo que, con el Metro, están cerquillando. Y ahora, para que usted se entere, porque al colaborador ya le hemos enterado, San Edger es (o fué hasta el año 975 en que la dió) un rey de Inglaterra, y desde el susodicho año comenzó a ser santo, oficio que continúa teniendo en la actualidad y que no perderá si se sigue portando bien. El 8 de Julio de todos los años celebra sus días, y ese día es el

## CASA JIMÉNEZ

Aparatos fotográficos

Primera casa en España  
Preciados, 60

Idem en que los deben celebrar a los poetas. ¿Está usted empapado ya? ¡Pues adóquese y quee usted con Dios... y con San Edger!

Luis de Benavente.—No sirve.

A. L. G.—Madrid húmedo nos ha dejado secos.

RAMOS. Huerfías, 7 duplicado.  
Teléfono 570-M.

Peluquería de señoras. Bisagra para caballeros. Ondulación. Manicura. Perfumería.

No cuélen.—Los dibujos remitidos por Max Foster, Luis González, Aluague (Madrid), Balón, M. Marcos (San Isidro), Luis Jimeno (Madrid), Francia (Bilbao), R. Piquer (Madrid), L. Merlán (Madrid), P. T. K. Lamerán (Tafelán), I. Macho (Madrid), Codes Cadenas, Gon-

zalo, P. García Gómez (Málaga) y Sicilia (Madrid). El cesto está continuado de ver el número creciente de víctimas que ingresan en su seno, pero los señores humoristas del lápiz, de la pluma y de la brocha ni se acuerdan, ni se arrepienten, ni se compadecen de ese consternación.

R. M. Z. Madrid.

Sus versos a Basillas nos han dado mucha risa. Pero su soneto a Elena nos ha dado mucha pena.

**VELIC**  
DESAPARECE  
INMEDIATAMENTE  
CON EL  
DEPILATORIO  
**GVIDOR**  
INOFENSIVO E INODORO

Estuche, 6 pesetas

Estuche, 3,75 pesetas  
EN PERFUMERÍA Y DROGUERÍA  
Concesionario: PEDRO SÚÑER.—Sicilia, 29, BARCELONA

Alamtra. Donostia.—Verifique usted de un modo tan desenfado e independiente, que sería inasequible en nosotros no oponernos con todas nuestras energías a que ese sistema métrico (y no decimal) prosigiera en España.

## MANTONES DE MANILA

Alhajas, gramófonos, discos.  
Compro, vendo, cambio.  
LA NUEVA MERCANTIL  
Plaza Matute, 6 duplicado.

C. D. R. Barcelona.—¿Que usted es un escritor festivo con toda la barbar?... Pues afítese. No se le ocurre recomendarle otra cosa. Niefioro Pérez Madrid.—¡Otro que tal!... ¡Por qué no escribe usted a su novia en prosa vii y sobre todo particularmente?... ¡No com-

prende usted que esos secretos del corazón no le interesan a nadie más que a los protagonistas del drama?... El público no paga cuatro perros gordos por adquirir *Buen Humor* para enterarse de que don Emilio Rodríguez está adelgazando por culpa de los desdenes de la señorita Julia García Fernández. Comprándolo, joven incauto, a la par que plomizo poeta.

R. T. G. Sevilla.—Dice usted, en la perfumada carta que acompaña a su no tan perfumado artículo: «es la primera vez que me siento a la redacción de un periódico con un trabajo literario».

Le rogamos que sea la última, decimos nosotros.  
K. Ko. Madrid.—Honor sin hacer es una deshonra, querido amigo.

duda. Ahora bien: si el Cid se hubiese visto amenazado con la lectura de sus poesías, nos juzgamos doce pesetas y media a que había echado a correr definitivamente desahogado. Y sin embargo nosotros nos les hemos leído íntegros. Conclusión: que somos mucho más valientes que el Cid.

E. L. T. Madrid.—Queda aceptado su cuento.

Len usted "Vida Madrileña" Asunido en.

Oficinas Fuencarral 66.

Director: DOZ DE LA ROSA

F. R. S. Madrid.—Eso cuántese lo está a un guardia de los de pito. Y si el guardia no se quiere, nos delamos cortar la cabeza con una afilada cimitarra.

Fa. X. Z. Avilés.—Venga la firma para publicarlo cuando se pueda y su dirección.

Estuvi. Larache.  
Su prosa, que es algo amena, trae un asunto tan fútil que no merece la pena...

¿Queda declarado el asunto?

¿Y usted perdona la escena! José L. Perroz. Segovia.—¡Son mucho más feroces sus versos que su apellido!... Hasta tal punto que, de miedo que nos han dado, lo hemos arrojado al cesto valendónes de un revólver... Pero, en fin, el caso es que han caído.

Del norte en este momento, frío viento se recibe...

¿Qué mal le huele el aliento!

Y si podía usar el viento.

Licor del Pulo de Orivel

Expli Orreo.—Gracias por su noticia, pero es unas porciones cocinadas para que se la demos a nuestros lectores. Confiérmese usted con saber que aquí nos hemos reído una bestialidad con ella.

L. Rospele. Caspe.—Cortio y tonío.

C. Porrillo. Madrid.—Nos duelen mucho, muchísimo, decírselo a usted. Nos duelen un dolor, nos duelen de verdad. Estamos casi por empezar a querernos, pero el caso es que su artículo *Amador matorraqui*, cuya idea podía pasar, no puede pasar por su forma tan descuidada, por su estilo tan rígido y por la lamentable falta de unidad y método que preside la narración. ¡Píese un poco más en lo que haga en lo sucesivo y quizás, quizás, lleguemos al anhelo acierto.

T. P. C. Madrid. Es una imbecilidad más grande que un rescacelo.

## AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL 13

Cachimba. Madrid.  
Nuestro Director Sileno se alegra de verle bueno.

A. D. C. Huayra.  
El triunfo de Salvador nos manda usted desde Huayra. Si no lo hiciera, usted mejor le rogamos que no *guévia*.

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque el publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

**El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:**

Consulta médica.

—Estás usted debilitado. Renuncie a todo trabajo de cabeza.

—Pero, señor, sería mi ruina; ¿no ve usted que soy peluquero?

Elenis y Merche.—Madrid.

—De donde vienes?  
—De pescar truchas.  
—Pescaste muchas?  
—No vi ninguna.  
—Entonces, ¿cómo sabes que eran truchas?

Merche y Elenis.

El profesor. —¿Tiene usted la bondad de decirme qué son anisios?  
El discípulo. —Ciertos animales que fitness la propiedad de vivir dentro y fuera del agua durante cierto tiempo.

El profesor. —Muy bien; cite usted un ejemplo.

El discípulo. —Mi padre.

El profesor. —¡Expíquese!

El discípulo. —Sí, señor; en buzo.

Hermilino Arranz.—Santander.

El colmo de la pereza:

—Levantarse muy temprano para estar más tiempo sin hacer nada.

A. L. R.

Barruelo de Santullán.

Un sujeto, recién llegado de América, se detiene admirando ante un escaparate en el que hay un letrero que dice: *Tráje cien poesías*—y exclama con desprecio.

—¡Toma, pues más trae yo, que traí: trecientas cincuenta!

Sotero Martínez.—Duenas.

Medio de llegar a ser suicida sin suicidarse:

—Matar a su hijo.

M. P.—La Coruña.

Entre amigos.

—¿Cuántos ples aman veinte vasos, un perro y el vaquero?

—Ochenta y seis.

—No, señor. Dos ples, porque lo demás son patas.

E. Merín.—Cercedilla.

—Porque en todos los tranvías hay un letrero que dice: *Consérvense los billetes*.

Eusebio.—Madrid.

—En qué se parecen un jockey y un estudiante?

—En que los dos sudan para acabar la carrera.

F. G. G.—Ceuta.

El colmo de la fuerza:

—Dar un puñetazo a un duro y volverlo calderilla.

Alfonso del Río.—Zaragoza.

—El queso entonce a quien lo come.

—No disparates, hombre! Yo lo como todos los días y no me tengo por loco.

—Efectos del queso.

José M. Conde.

—Chico, con este calor no tengo apetito.

—¿Por qué no tomas un reconfortante?

—Porque no me la gana.

Pedro Viscaino.—Méjico.

Un andaluz de lo más hiperbólico que puedes usades imaginarse,

contaba en una tertulia de amigos sus hazañas en la guerra de Cuba.

—Hacia un calor espantoso y el enemigo, para poder pisear con más comodidad y frescura, se metió en

—Y yo le digo que no come nada.

—Pues ¿de qué se alimenta?

—De nada, hombre, ¿no ves que siempre le tira?

A. Cortina.—Las Arenas.



**GRAN VÍA, 18**  
**JUQUETES**  
**COCHES DE NIÑO**

Un borracho camina difícilmente por la carretera de Dos Hermanas a Sevilla; tan grande es la cogorza del hombre, que atrasa más que adelante en la marcha; de pronto pasa un 30 HP. a toda marcha por su lado, quedándose admirado de la velocidad del auto... y, de pronto, dice:

—Eso, lo izo e meñira y a mí no me la tiene; izen o'ezo anda con alcohol y no sé si, porque yo voy d'arcohol hasta de meño cuevo y no ando ni p'ante ni p'atrás.

P. Ceballos.—Mejilla.

Cierta vez un poeísta, cansado de que no le publicaran las poesías que enviaba a una revista por correo, fué a llevarlas en propia mano. Al entrar en el despacho del director, vio a éste despachando grandes montones de correspondencia.



**HERNIAS**  
tragueros y riñones  
incurablemente  
J. Compañero  
Médico MEDICO  
ORTOPÉDICO  
de MADRID  
Argente Figueras 1

—Señor—dijo al ver que no le hacía caso—, vengo a ver si tenía la bondad de leer estas versos y publicarlos.

—Está bien—contestó el director sin levantar la cabeza—, haga el favor de echarlos usted mismo en el cesto, porque ni para eso tengo tiempo.

Carlos Nival.—Granada.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
Provisional, 12.

## CASA VEGUILLAS COMPRA Y VENTA

La que más paga las papeletas del Monte, alhajas, máquinas de escribir y fonógrafos. Pianos. Pínelas. Objetos de arte. Mantónes de Manila y mantillas de encaje.

Leganitos, 1 y Torija, 2. Sucursal: Infantas, 26.

—¡Hola, amigo Lleras! ¿Qué tal el negocio de la confitería?

—Muy bien. Gracias a mi crema vamos por arriba.

—¿Y cuál es la crema?

—¡Pero, hombre! ¿No has oído hablar de la crema Lleras?

Loísa Fernández.—Madrid.

—¿Por qué no deben pagar el tranvía los que llevan el dinero en papel, aunque el cobrador lleve cambio?

un río. Mi regimiento lo persiguió. Debajo del agua estuvimos tirándonos largo rato, y después de acabar con los mamíferos salimos del río como pueden ustedes suponer.

—¿Cómo?

—Pues con las bayonetas caldas...

Jacobo Gordo.—Madrid.

—No creo que la ballena sea ofensiva, como dicen, por aquello de que «el pez grande...»



**CREMA Colar**  
Para la limpieza de los dientes y cura el dolor de muelas y evita el sarro. Perfuma el aliento.  
CORTES HERMANOS.—BARCELONA

**FILICALIA** Droguería-Perfumería  
Art eales limpieza.

Fernando VI, 16. Tel. 45-22-M  
Aguas minerales. Esencias e  
granel. Precios económicos.

En una ferretería entra un andaluz  
tariando a comprar panfao, pero  
como le cuesta trabajo pronunciar,  
dice lo siguiente: —Muy buenas; yo  
quisiera que me diera calé un real  
de pun, pun, pun. Malita son mi  
estampa, siempre me paze lo mis-  
mo, los clavo anica de comprarlos.  
Benjamín López.—Madrid.

**CASA APARICIO**

Calle Recoletos, 2 cuadruplica-  
do y Hortaleza, 81. Tel. 16 88 J.  
y 18 80. M. Muebles de lujo.  
Descuento 2 %; presentando  
anuncio.

Entre chicas de vecindad.  
—Oye, ¿cómo es que a tu herma-  
na le decís Doro, en vez de Doro-  
tea?

—Pues es que como somos tan  
pobres, la decimos Doro para aho-  
rarnos la tea.

Carlos de León.—Madrid.

**G. ULLASTRES**

Contadores para agua de todos  
los sistemas. Contadores divi-  
sionarios.

Costanilla de los Ange es, 2

—¿Cuál es el colmo de un den-  
tista?

—Empastar la dentadura a un pe-  
rro rabioso.

Tomás López Contreras.  
Vitoria.

—¿Por qué los músicos tienen  
tanto miedo a las tempestades?

—Porque saben que el rey mata  
a quien toca.

B. Rios.—Madrid.

**Cesáreo Alonso**

Ortopédico del Hospital Militar  
y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios eco-  
nómicos.  
Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

Entre amigos.

—Oye, tú, ¿qué es de Pilar?

—Anda así! Pues arrancase el  
vello.

Juan Egulagueray.  
San Sebastián.

**CRESCO** Montero, 22  
(frente a S. Luis)

Trabajos de imprenta artísticos.  
Tarjetas en el acto, papelería,  
Objetos de escritorio, devocio-  
narios, etc.

—Juanita, toma la leche y vete a  
la cama.

—Mamá, no tengo ganas de leche  
ni de lecho.

Celso Coblán.—Teruel.

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

**INDRA PERLA**

LA CASA MÁS SURTIDA

AL TODO DE OCASIÓN

FUENCARRAL, 45

**LIBROS PARA REIR, DE LUIS ESTESO**

A 1 pta. Tres novelas alegres. 300 chistes nuevos.  
Para que rían las mujeres. Animales caseros. A 2 ptas.  
Chistes y cuplés, 50 cosas. Chistes malos y de ustrés,  
400 cosas. Cincuenta monólogos verdes. Conferencias,  
parodias y humorismo. La sala del crimen y La que todo  
lo dió. Novelas. Teatro fácil. 16 comedias, 4 ptas. La ve-  
nagloria, novela. La lujuria, novela. Novelas y monólo-  
gos escogidos. Viajes por España. Pedidos: LUIS SAN-  
TOS. Carretes, 9. Madrid. Envíos contrareembolso.

**ALHAJAS**

Se compran para casa extranjera, pagando la espli-  
ndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.

Hay ascensor.

En esta época es cuando no debe  
usted olvidar tener en su casa los  
famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

# BUEN HUMOR



*Dib. BILBAO.—Madrid.*

EL.—La espero a usted en el Banco, prenda.

ELLA.—¿Sí, rico?... ¡Pues espéreme sentado!

Ayuntamiento de Madrid